

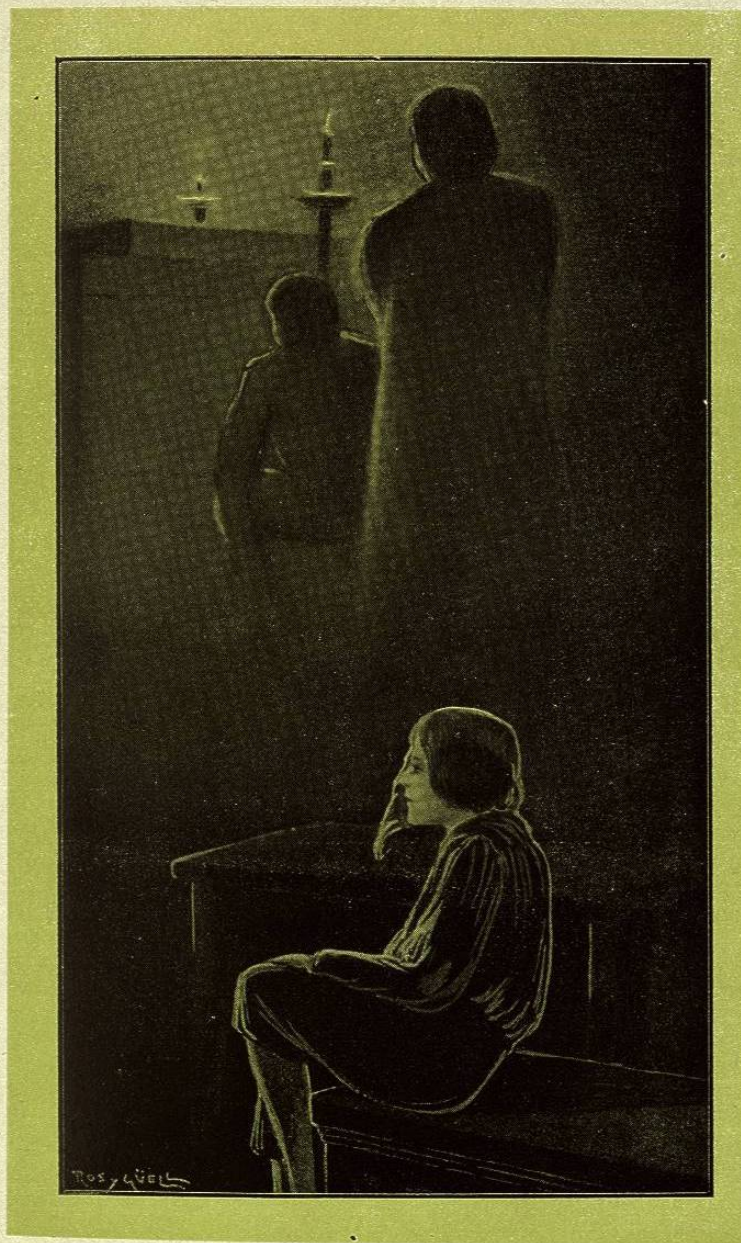


XVI

Después del dolor viene el placer

PASÉ toda la noche en el cuarto oscuro, sin que se acercase nadie á verme; al día siguiente, esto es, el domingo, me llevaron á la pequeña estancia que había al lado de la gran sala de clases y me encerraron en ella. Entonces creí que mi castigo se limitaría á una reclusión más ó menos prolongada, y mi corazón, bajo la influencia de un sueño reparador, del claro sol cuyos rayos juguetaban en los dibujos de los cristales de la ventana, y de los mil rumores propios del día que de la calle me llegaban, empezó á tranquilizarse, aunque el aislamiento en que me tenían me era muy penoso; sentía ansia de moverme, de contar á alguien todo lo que llevaba en el alma, y entorno mío no había una sola criatura viviente. Esta situación se me hacía aun más desagradable, pues no acertaba á entender cómo Saint-Jerôme podía silbar paseándose arriba y abajo de su cuarto canciones alegres, sin acordarse de mi situación... Yo creí entonces que lo hacía, no porque tuviese ganas de silbar, sino por molestarme á mí solamente.

A eso de las dos, Vasili me trajo la comida, y cuando quise entablar con él conversación sobre lo que había hecho y sobre el castigo que me aguardaba, díjome tan sólo:



TOLSTOI.—LÁM. VI

—Vaya, señor!... no os deis pena; después del dolor viene el placer.

Aunque, y también en otras ocasiones de mi existencia, esta máxima sostuvo la firmeza de mi espíritu y me consoló un poco, el hecho de que me hubiesen enviado, no solamente pan y agua, sino toda clase de manjares, con postres y todo y pasteles, me hizo reflexionar muchísimo. Si no me hubiesen enviado dulces, hubiera significado que me castigaban con la reclusión; pero indudablemente no me consideraban castigado suficientemente, estaba tan sólo separado de los demás como un hombre peligroso, pero cuyo castigo había de venir más tarde. Cuando estaba profundamente embebido en la resolución de este problema, giró la llave en la cerradura de mi prisión, y Saint-Jerôme apareció en el dintel de la puerta, con aspecto severísimo y solemne.



—Venid á ver á vuestra abuela,—dijo, sin mirarme siquiera.

Antes de salir del cuarto, quise limpiarme la manga del vestido que estaba manchada de yeso, pero Saint-Jerôme me dijo que era absolutamente inútil, como si me hallase en situación tan triste para mí que no hubiese de preocuparme lo más mínimo por mi aspecto exterior.

Mientras Saint-Jerôme, teniéndome cogido de la mano, me llevaba á través del gran salón, Katenka, Lubotchka y Volodia me miraron con la misma expresión con que miramos todos á los infelices presos que llenos de cadenas pasaban todos los lunes por debajo de nuestras ventanas. Y cuando me acerqué al sillón en que estaba sentada mi abuela, con el intento de besarle la mano, volvió el rostro á un lado, como para no verme y escondió la mano bajo el abrigo.

—Esto es, querido,—dijo por fin la noble anciana, después de un largo silencio durante el cual me miró de pies á cabeza con expresión tal que yo no supe donde poner mis miradas ni donde esconder mis manos.—No puedo decir en verdad que hagáis mucho aprecio de mi amor y que seáis para mí un gran consuelo. El señor Saint-Jerôme que, á mis ruegos,—añadió arrastrando lentamente cada una de sus palabras—se había encargado de vuestra educación, no quiere ya continuar en mi casa. Y por qué? Por vuestra culpa, querido mío... Yo pensé que os mostraríais reconocido,—prosiguió

después de un corto silencio, que probaba que había sido estudiado su discurso,—á sus grandes cuidados y á sus esfuerzos, que sabrís apreciar sus muchos méritos, y por el contrario, vos, un niño, habéis levantado la mano contra él! Es magnífico, es admirable! Comienzo también á pensar que no sois capaz de comprender y de apreciar el buen tratamiento que se os daba, y que será preciso emplear con vos medios humillantes... Pídele inmediatamente perdón!—añadió con tono severo, imperioso, señalándome con el dedo á Saint-Jerôme.—Has oído?

Yo miré en la dirección que señalaba la mano extendida de mi abuela, me quedé un momento mirando la figura siniestra de Saint-Jerôme, bajé la vista sin moverme del sitio, y de nuevo sentí mi corazón desfallecer.

—Vamos á ver, no habéis oído lo que acabo de deciros?

Yo temblaba de pies á cabeza, pero no me movía del sitio.

—*Cocó!*—dijo entonces mi abuela, notando sin duda mi gran sufrimiento interior.—*Cocó!*—dijo otra vez, pero ya no con entonación imperiosa, sino extraordinariamente tierna.—Qué te pasa?

—Oh! abuela... Es que yo no quiero pedirle perdón, yo no le pediré perdón por nada...—dije deteniéndome de pronto, pues comprendí que no podría retener por más tiempo las lágrimas si decía una palabra más.

—Pues, yo te lo ordeno! Yo te mando que... Pero, qué tienes?

—No... no... no pue... do... No... quiero!—dije al fin, rompiendo á llorar ruidosamente, tanto más ruidosamente cuanto más me había esforzado por contener mis lágrimas.

Y Saint-Jerôme exclamó entonces con voz trágica y en francés:

—Así es cómo obedecéis á vuestra segunda madre, así es cómo agradecéis sus grandes bondades!

—Dios mío!... si ella lo viese!—dijo mi abuela apartando de mí los ojos para enjugar las lágrimas que le pugnaban por salir.—Si ella lo viese!... Todo sea para bien. Oh! pero ella no podría soportar este dolor, no, no podría!

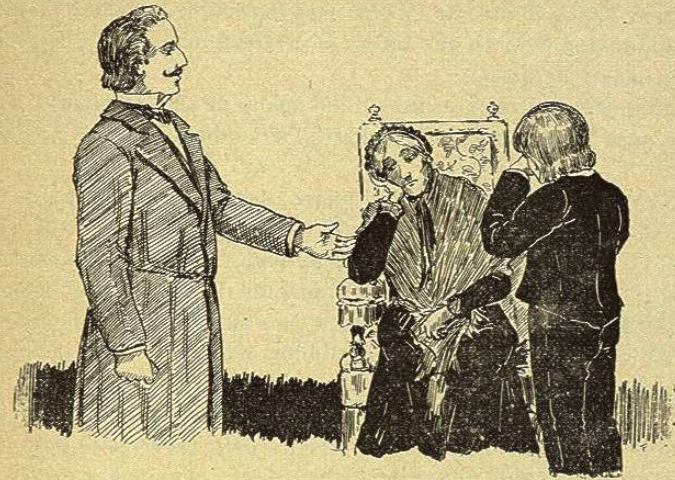
Y mi abuela se puso á llorar de veras. Yo lloraba también, pero no se me ocurría siquiera ponerme de rodillas para pedir perdón.

—Tranquilizaos, en nombre del cielo, señora condesa,—dijo Saint-Jerôme.

Mi abuela no le escuchaba ya, escondía el rostro entre las manos y sus sollozos transformáronse enseguida en una especie de hipo nervioso. Acudieron corriendo en la estancia Mimi y Gacha, pintado el espanto en el rostro, y pronto perfumes de sales espar-

ciéronse por toda la casa y se oyeron rumores de pasos que iban, y venían y conversaciones en voz baja y rostros angustiados.

—Podéis admirar vuestra obra!—dijo Saint-Jerôme mientras me



conducía arriba otra vez, y yo iba pensando: «Dios mío! pero qué es lo que he hecho? Soy un terrible criminal!»

Una vez arriba, Saint-Jerôme me ordenó que me fuese á mi cuarto y él se fué abajo otra vez. Apenas me ví solo, sin darme cuenta de lo que hacía, tomé la escalera grande que conducía á la calle. No sé si fué mi pensamiento en aquel punto huir tan sólo de la casa ó echarme al agua... Sé tan sólo que, tapándome el rostro con las manos para no ver á nadie, iba bajando la gran escalera.

—Dónde vas?—me preguntó de pronto una voz bien conocida.—Precisamente necesito de tí, querido.

Yo quise huir, escaparme, pero la mano fuerte de papá me agarró por la muñeca, diciéndome con severidad en él no acostumbrada:

—Quiero que vengas conmigo, ahora mismo! Cómo te has atrevido á tocar la cartera que viste sobre mi mesa?—y me llevó á rastras hacia el pequeño diván que había en un descanso de la escalera.—Por qué no contestas, niño, por qué no contestas?—añadió tirándome de la oreja.

—Perdón,—dije al fin—ni yo mismo sé por qué hice todo aquello!

—Ah!... ah!... con que no sabes porque hiciste todo aquello,

con que no lo sabes? —repetía tirándome de la oreja á cada palabra que decía.—Volverás otra vez á poner la nariz dónde no te importa, volverás otra vez?

A pesar del gran dolor que sentía en la oreja, yo no lloraba; al contrario, sentía dentro de mí algo muy agradable y reconfortante, Y cuando papá dejó en paz mi oreja, le tomé una mano y la cubrí de lágrimas y de besos.

—Pégame más, más,—dije yo en medio de mis lágrimas—más fuerte, más fuerte, pues soy cobarde, soy odioso, soy un hombre infeliz!

—Pero, qué es eso?—dijo mi padre, empujándome un poco.

—No, no quiero subir, no subiré,—dije agarrándome á sus vestidos.—Todos me detestan, lo sé muy bien... En nombre de Dios, óyeme, créeme, defiéndeme ó arrójame de tu casa. Yo no puedo vivir, no puedo vivir con él; no trata sino de humillarme por todos los medios, me ordena que me arrodille delante de él y quiere á cada punto pegarme. Esto yo no lo puedo soportar, ya no soy un bebé... No quiero sufrirlo, no lo sufriré, sería mi muerte! Ha dicho á mi abuela que soy un mal niño, y ahora está enferma la pobre... y se morirá por culpa mía... por culpa de él... en nombre de Dios, pégame tú; pero por qué han... de... mal... tra... tarme?...

Las lágrimas me ahogaban; me senté en el diván de la escalera, y no teniendo ya fuerzas para decir una palabra más, dejé caer la cabeza sobre las rodillas de papá, sollozando como si me fuese á morir.

—Pero, qué es eso? qué tienes, hijo mío?—dijo papá con verdadera conmiseración é inclinándose sobre mí.

—El es mi tirano... mi perseguidor... yo me moriré... nadie me quiere!—No podía ya hablar, y empecé á ser presa de pequeñas convulsiones.

Papá me tomó entonces en brazos y me llevó hasta mi propio lecho... Y me dormí.

Cuando desperté era ya muy tarde; cerca de mi cama estaba ardiendo una bujía, y en la estancia se hallaban nuestro médico, sentado en una butaca, y algo apartadas Mimi y Lubotchka. Todo indicaba que se había estado temiendo por mi salud, y bien claramente aparecía pintada la ansiedad en el rostro de Mimi y en el de mi hermana. Yo, en cambio, me sentía tan bien y tan fuerte de espíritu que de buena gana hubiera saltado en aquel mismo punto del lecho; pero me pareció mejor, y para mí más agradable, mantenerles en su certeza de que estaba yo realmente enfermo, y no me moví siquiera.



XVII

Mi rencor

Si, era un sentimiento de rencor verdadero—no era aquel odio de que se habla en las novelas y en el cual yo no creo, odio que, según dicen, proporciona un gran placer al hombre que lo siente si puede causar algún daño al odiado, sino aquel rencor profundo que nos inspira inmensa é invencible aversión contra un hombre merecedor, sin embargo, de nuestra estima; mi rencor era aquel rencor que hace que los cabellos, la nariz, el sonido de la voz, todo lo del hombre que odiáis os parezca repulsivo, sin embargo de lo cual os sentís atraído por aquel hombre y seguís con la mayor atención sus menores movimientos. Esta es la especie de odio que yo sentía contra Saint-Jerôme.

El preceptor haría ya como un año y medio que estaba en casa. Y al pensar ahora con sangre fría en aquel hombre, hallo que era un buen francés, pero un francés en el más alto grado. No era torpe, ni mucho menos; por el contrario, era muy instruido, y llenaba honradamente sus deberes para con nosotros; mas tenía, cosa muy natural y corriente entre sus compatriotas, pero muy contrario al carácter ruso, los rasgos esenciales de un ligero ó superficial egoísmo, mucha ambición, mucha audacia y mucha pedante fatuidad, todo lo cual placíame poquísimo. No es menester decir que nuestra abuela le había explicado su teoría sobre los

castigos corporales, y que por esto no se atrevía á pegarnos, á pesar de lo cual nos amenazaba, á mí sobre todo, con las terribles disciplinas, pronunciando la palabra «castigo» de un tan insoportable modo que eso de *castigar* parecíame que había de ser para él de un placer inmenso.

No es que me causase á mí un gran miedo el dolor del castigo, pues no lo había sufrido jamás; pero la sola idea de que Saint-Jerôme podía pegarme me ponía en un insufrible estado de concentrada desesperación y de un furor inmenso.

Alguna vez Karl Ivanovitch, en momentos de impaciencia, arregló personalmente sus diferencias con nosotros, sirviéndose para ello ya de la regla ya de sus propios tirantes; pero todo ello lo recuerdo sin la menor pesadumbre. Aún en la época á que me refiero, cuando tenía yo catorce años, si se le hubiese antojado á Karl Ivanovitch pegarme, estoy seguro de que lo sufriera sin la más pequeña queja. Yo amaba á Karl Ivanovitch, estaba acostumbrado á su trato desde la más tierna infancia, y lo consideraba como un miembro de mi propia familia; pero Saint-Jerôme era un orgulloso, lleno de vanidad, y por el cual no sentía el más pequeño afecto, salvo ese involuntario respeto que me inspiraban todos los mayores. Karl Ivanovitch era un viejo extravagante, un *diatka*, á quien yo amaba con todo mi corazón y á quien, sin embargo, mi infantil inteligencia colocaba muy por debajo de mí, en lo tocante á la condición social. Saint-Jerôme, por el contrario, era un joven elegante, instruído y que se esforzaba para ponerse en nuestro mismo nivel.

Karl Ivanovitch nos reñía y nos castigaba siempre con la más perfecta sangre fría, adivinándose que lo consideraba cómo un deber necesario, aunque desagradable. Saint-Jerôme, por el contrario, gustaba de aparecer siempre en su papel de mentor, y era evidente que si castigaba lo hacía más para darse gusto que para utilidad nuestra. Se dejaba arrastrar por su propia elocuencia, y sus frases francesas siempre pomposas, que pronunciaba acentuando con fuerza la última sílaba y alargando extraordinariamente los acentos circunflexos, me resultaban á mí francamente aborrecibles.

Cuando se enfadaba mucho, Karl Ivanovitch decía: *Comedia de marionetas, holgazán, mosca de España*; Saint-Jerôme nos llamaba: *perversa criatura, mala pécora* y otros epítetos del mismo género, que herían profundamente mi amor propio.

Karl Ivanovitch nos hacía poner de rodillas, de cara á la pared, y el castigo entonces residía en el sufrimiento físico que producía

una semejante postura; Saint-Jerôme, irguiéndose y haciendo con la mano un ademán majestuoso gritaba con voz trágica: «De rodillas, perversa criatura!» y nos mandaba que nos pusiésemos de rodillas, vueltos de cara hacia él y pidiéndole perdón. Así el castigo consistía, más que en nada, en la humillación.

No me castigaron aquel día y nadie me recordó nada de lo que había pasado; pero yo por mi parte no podía olvidar lo que había sentido durante esos dos trágicos días: mi desesperación, mi vergüenza, mis grandes miedos, mi rencor no menos grande... Desde entonces, Saint-Jerôme se mostró muy displicente conmigo y poco se ocupaba de mí; pero yo no sabía acostumbrarme á mirarle con indiferencia. Cada vez que, por pura casualidad, se encontraban nuestras miradas, parecíame que había de expresar la mía una evidente hostilidad y yo me apresuraba á desviarla, aparentando aires de la más completa indiferencia; sin embargo, yo me imaginaba que él comprendía á pesar de todo mis pensamientos, que adivinaba mis esfuerzos para fingir, y esto me turbaba profundamente y el rubor encendía mis mejillas.

En una palabra, me fué cada vez más penoso, sin hallar palabras que lo ponderen bastante, haber de tener con él cualesquiera relaciones que fuesen.